

Prólogo

El mundo es hechura divina. Dios hace el mundo, lo crea con su palabra. Me gusta pensar que ésta fue una palabra cantada, aunque no lo sabemos con certeza. En todo caso, esa palabra crea, comunica el ser.

En el hombre, la palabra comunica, pero no comunica el ser, no lo otorga ni lo crea. Sin embargo, sí expresa. Cada vez que alguien habla, se expresa, revela algo de sí mismo: sus deseos, afectos, afanes, proyectos, pensamientos, ideas, intenciones... su mundo interior. La palabra tiene el poder de expresar, y lo que expresa es casi todo, porque todo se decide en el interior del hombre. Cuando alguien es inexpresivo, de alguna manera se deshumaniza.

En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios, y el Verbo era Dios. Él estaba en el principio junto a Dios. Todo fue hecho por Él y sin Él no se hizo nada de cuanto ha sido hecho. En Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. Era la luz verdadera, que ilumina a todo hombre, que viene a este mundo. En el mundo estaba, y el mundo fue hecho por Él, y el mundo no le conoció. Vino a los suyos, y los suyos no le recibieron. Pero a cuantos le recibieron les dio poder para ser hijos de Dios, a los que creen

en su nombre, que no han nacido de la sangre, ni de la voluntad de la carne, ni del querer del hombre, sino de Dios. Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros, y hemos visto su gloria, gloria como de Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad. A Dios nadie lo ha visto jamás; el Dios Unigénito, el que está en el seno del Padre, él mismo lo dio a conocer (Jn, 1, 18).

En el principio fue la palabra, el verbo. La creación es una gran obra. La naturaleza y el arte acontecen en la palabra del Creador. El pincel del Artista es la palabra.

En el interior del hombre sigue morando de alguna manera el sello del Artista, como una especie de artista en minúsculas. Con ese artista en nosotros vamos coloreando nuestra vida. Sin embargo, para tal labor, el artista necesita un pincel. Quien no da color a la vida, de alguna manera, la apaga. El alma mezquina lleva en sí su propio infierno, decía G. Herbert, y no le faltaba razón, pues el mezquino no sabe colorear: se ha conformado con la silueta de la realidad, no con la realidad.

Con este ensayo, escrito quizás con una aparente falta de ilación, quiero gritar en los oídos del lector el silencio elocuente de la palabra interior, esa que colorea la imagen de quienes pretendemos ser. Porque palabra e imagen no compiten, se enriquecen, se llaman a la existencia una a la otra. San Agustín describía el *logos* –la palabra– como el arte de Dios.

Pretendo, en él, reflexionar sobre algo que se está perdiendo (la palabra) y algo que se está imponiendo (la imagen). La impostura de la imagen no está dejando lugar a la palabra y, cuando esto sucede, el hombre se despersonaliza, se queda sin rostro. Cuando la palabra se pierde, el hombre no puede explicarse a sí mismo. Perder la palabra es, de algún modo, avivar la infidelidad; ganarla, recuperarla, es redimir al hombre. Este es el sentido de estas reflexiones.

Por lo tanto, la imagen es necesaria. No en vano el hombre es imagen de la palabra, y esto, en primer lugar, tiene un sentido filosófico, y, a la vez, un sentido teológico. Podemos entrever algo de lo que somos, pero nunca abarcaremos enteramente lo que somos. En esto precisamente radica lo infinito que hay en el hombre. Me atrevo, por tanto, a decir que el hombre está continuamente buscándose a sí mismo: se trata de un buscar que no cesa, que no tiene término. Somos buscadores por esencia, y casi siempre la búsqueda se queda en un barrunto. Nuestro pensamiento acerca de quiénes somos es un atisbar, pero no por ello pierde valor. Avisbar, acercarse a la verdad, a nuestra verdad, barruntar quiénes somos, es justamente lo que nos hace más humanos. Y aquí aparece el *logos*. El *logos* es búsqueda, pero no *alcanza*, mientras sea *logos*, quiénes somos.

En la dimensión horizontal de la vida, es decir, en una vida estrictamente humana donde no acontece el ámbito de lo divino, o sea, donde no irrumpen la trascendencia, el hombre no puede explicarse a sí mismo. Sólo desde la perspectiva vertical, sólo cuando el rayo ilumina la oscuridad de lo que el hombre es, entonces puede el hombre verse tal cual es. Pero ese rayo, esa luz, no viene de nosotros. Es el otro, el Otro en mayúsculas el que nos hace explicarnos, darnos un sentido. Únicamente la dimensión vertical –la trascendencia–, irrumpiendo en la horizontalidad de nuestro mundo, de nuestro intra-cosmos, puede otorgar sentido a la totalidad de lo que somos.

Por último, cabe señalar que en este libro se recopilan artículos previamente publicados en diversas revistas académicas, los cuales han sido cuidadosamente editados y adaptados para su presentación en este volumen. Cada texto ha sido revisado con el propósito de ofrecer una lectura fluida y accesible, respetando la profundidad del análisis original, pero ajustándolo para integrarse de manera coherente en el conjunto de ideas que aquí se presentan.